

David Martínez López (coord.)
Urbanización, modernización y cambio social en la Andalucía contemporánea

Fundación Pública Andaluza. Centro de Estudios Andaluces. Consejería de la Presidencia y la Administración Local, Junta de Andalucía, Sevilla, 2015, 139 págs.

David Martínez, coordinador de esta publicación colectiva *Urbanización, modernización y cambio social en la Andalucía Contemporánea*, afirma en las primeras líneas que “el componente rural de la sociedad andaluza no impide reconocer el papel de la ciudad en su historia”. Esta sentencia recoge la principal idea de fondo del libro: el sempiterno dilema sobre si el peso de lo rural y la ligazón a rasgos agrarios de la Historia de Andalucía, ha sido o no condición para haber acusado carencias, o malinterpretar —en este caso— la evolución del fenómeno urbano y su sociedad en la contemporaneidad.

De acuerdo con los argumentos que se esgrimen en esta y otras publicaciones sobre el devenir de la historia contemporánea de la región, creo que la sombra de una mala información o mala utilización de la misma sigue caracterizando las visiones desde dentro y fuera de la profesión. Por eso siempre es de agradecer la aparición de trabajos como este, donde combinando demostraciones prácticas y apuestas de renovación teórica se siga intentando verificar una gran cantidad de estereotipos asociados a la modernización —urbana ahora— y el papel de las ciudades en ella.

A menudo se habla del fracaso de la revolución burguesa y la industrialización en Andalucía, o del estancamiento demográfico (a excepción de zonas con vocación industrial o comercial), para describir cómo fue la conformación de la vida moderna en nuestro pasado reciente. Pero sobre todo se lanza una mezcla entre culpabilidad y victimización al continente social: la impronta proletaria y su origen rural habrían entorpecido el rol social, cultural y económico que las ciudades deben tener, (como en Europa). Como si los rasgos de la población rural y la ausencia de una burguesía más emprendedora hubieran lastrado una modernización modélica o hecho del fenómeno algo de segunda categoría.

A lo largo de las siguientes páginas, voy a exponer algunas ideas y argumentos que este libro recoge en el nuevo tratamiento de estos aspectos.

De un pasado histórico glorioso, la contemporaneidad en Andalucía llegaría en forma de oleadas que salpicarían de modernidad a la niña bonita del proceso: la ciudad. Un primer empuje con el paso del Antiguo Régimen a la Época Liberal. Otro en los convulsos años de transiciones sociales, económicas, energéticas, culturales y políticas, de finales del siglo XIX y principios del XX. Finalmente, desde los años sesenta del siglo XX el impulso desarrollista

del tardofranquismo consolidaría este ciclo de modernización. Es aquí cuando muchos hablan de haber conseguido ser urbanos y urbanitas. Otros plantean periodizaciones más tardías: las ciudades andaluzas habrían completado su modernización en los recientes años noventa con la proyección más internacional, turística y terciaria. Sea como fuere, los debates están siempre al hilo del crecimiento económico: cuando se logró la industrialización o el sector terciario, o cuándo de una mayoría obrera se pasó a más contingente de clase media.

De todas estas etapas, este libro va a centrarse casi con exclusividad cronológica entre finales del Ochocientos y primeras décadas del Novecientos. Tres de los cuatro textos que contiene así lo hacen, lo que reafirma que fueron momentos trascendentales en la configuración de las características particulares de la contemporaneidad andaluza. Las mismas que no tienen por qué ser exclusivas ni de tono negativo, si atendemos a lo que iremos viendo a lo largo de este libro. Algunas de ellas podrían incluso hacernos entender si sigue teniendo sentido en algunos contextos ese eslogan de “Spain is different” que Fraga ponía de moda en 1960, o si Andalucía lo fue. Por supuesto, depende de qué estemos hablando o con qué se compare, y esto es perfectamente tratado y traído al hilo en el cuarto de los trabajos que se incluyen.

El primer capítulo, a manos de Alejandro Román Antequera, analiza la perspectiva demográfica: si hubo transición de tipo moderna y el papel de las ciudades en ello. Haciendo un repaso previo por el marco teórico existente y una labor descriptiva magnífica de fuentes utilizadas y metodología, el autor elige un enfoque macro combinado con elementos micro puntuales para transmitir mejor los contrastes del desarrollo poblacional andaluz. Gracias a ello, sabemos que estando lejos de modelos o patrones nacionales o de la Europa más occidental, este tampoco fue atípico. Andalucía inició una transición demográfica contemporánea después que otras zonas del país, pero no de las últimas, porque sus tasas de mortalidad y natalidad más elevadas que el resto necesitaron de algo más de tiempo para normalizarse. De ahí ese “retraso”. Pero, fue conforme a lo esperado, y de hecho, la tardanza pudo revertirse positivamente en un nivel de mortalidad inferior y de natalidad superior a la media nacional de entonces.

Su texto vuelve también favorable la percepción de la migración rural del campo a la ciudad, contenido transversal de nuevo a las cuatro aportaciones. Sus líneas sostienen que la inmigración influyó en el mantenimiento elevado de la natalidad en la región y actuó como regulador demográfico entre partes. El traspaso poblacional posible entre lo rural y urbano restó secuelas demográficas mayores en muchos pueblos de Andalucía.

En el mismo período David Martínez aborda para el segundo capítulo la configuración de la sociedad urbana y el sentido de cambio social que se le asocia. Se detiene en tres elementos: el avance de la urbanización, el rol de la

inmigración y el mercado de trabajo. De nuevo, combina argumentos de escala regional con otros específicos de estudios concretos en las ciudades importantes de Andalucía Oriental.

En el primero de los puntos, no hay nada diferenciador a la historia europea: el crecimiento demográfico hizo duplicarse las tasas de urbanización en pocas décadas en las capitales, y ello afectó a la mecanización, la productividad, la mejora tecnológica y de transportes, de bienes y servicios, y la configuración del espacio urbano. La llegada de inmigrantes ayudó: hizo emerger tanto el funcionamiento como el tipo de ciudad. Se necesita profundizar en un futuro, pero sus estudios en torno a Almería, Granada, Jaén y Linares enseñan movimientos de personas de corto recorrido, zonas próximas a la ciudad en su mayoría. De sus perfiles se desprende una mayor similitud cultural entre los grupos que conforman la sociedad urbana y redes de interdependencia campo-ciudad, es decir, hablan de fuertes lazos de sociabilidad y solidaridad entre ambos antes que de rasgos rurales que frenen el desarrollo urbano.

Además, sus resultados permiten apreciar que sin negar el atractivo salarial o las expectativas de mejores condiciones de vida que ofrecen los puntos de llegada, hay que mirar los de partida. Ese alto crecimiento vegetativo señalado en el mundo rural contemporáneo andaluz hizo de las ciudades una vía reguladora de la tensión entre población y recursos que es necesario considerar. Aunque el campo demostró niveles de adaptación diferentes a la fuerte crisis agraria finisecular, tal vez a medio camino entre su capacidad resiliente y su crecimiento demográfico, Andalucía acusará más salida migratoria que otras zonas. Pero, la apariencia de ser incapaz de satisfacer las necesidades poblacionales de estos lugares queda matizada cuando en su estudio vemos que no es el esperado grupo social jornalero el que más emigra sino el inmediatamente superior: pequeños propietarios campesinos¹.

La migración también está presente en la lectura del tercer punto de su análisis: un mercado de trabajo urbano característico de la población que recibía, con demandas a caballo entre unas condiciones más precarias y trabajos manuales para la población intrarregional, y más cualificado y variado para la de procedencia extrarregional.

Con todo, reconoce factores plurales en la formación del tipo de sociedades urbanas andaluzas, y la necesidad de considerar mejor la capacidad real de reproducción familiar entonces y el comportamiento de algunos grupos en

1 De todos modos, este último es un debate mucho mayor que requiere más profundización y detenimiento del que ahora puede dedicarse, y que no está tampoco lejos de reflexiones sobre el empobrecimiento de ciertos sectores sociales con la llegada del Liberalismo al campo andaluz.

concreto como el de muchas mujeres jóvenes para emplearse en el servicio doméstico urbano.

El tercero de los trabajos aborda la parte más morfológica de los análisis sobre la ciudad contemporánea andaluza y la configuración de sus elementos definitorios. Su autor, Víctor Fernández Salinas, ve en el paso de la Edad Moderna a la Contemporánea uno de esos períodos críticos en el que se acusaron ciertas decadencias. No considera todas las zonas por igual, y aquí estaríamos de nuevo enlazando con otra idea transversal al libro: la Andalucía de las diferencias internas o de las varias velocidades.

A su criterio, las urbes andaluzas proclamadas capitales provinciales recibieron el refuerzo positivo al dotarlas de mayor peso administrativo, desarrollo de las comunicaciones, y asentamiento de élites sociales y burguesía emprendedora. El resto quedó desfavorecido. La función de esos otros núcleos fue estratégica, de especialización económica o de transporte: agrocidades, ciudades portuarias y ferroviarias, o mineras. Fueron lugares de mediación de bienes y servicios que conservaron más elementos tradicionales.

Entendida esta primera discriminación interna, hubo más factores sociológicos que pueden matizar la no homogeneidad con otras urbes coetáneas. El tipo de burguesía que se asentó (aunque sea un tópico recurrente acusatorio), menos cosmopolita que en períodos anteriores en la misma Andalucía, limitó la construcción por ejemplo de esos grandes ensanches típicos del momento. O mantuvo una estética más continuista en los edificios principales. Sin embargo, sí se lee en las estructuras urbanas el reflejo de este grupo social: muchos espacios de reunión, sociabilidad y ocio, privados o al aire libre, y sedes institucionales y administrativas que marcan la nueva etapa. Interesante también va a ser su lectura de las viviendas y barrios de burgueses y proletariado urbano, por supuesto, con condiciones de vida diferentes que hablan de incapacidades en la organización o planificación urbanística.

A modo de cierre de estas tres perspectivas descriptivas, Julio Pérez Serrano añade con su aportación al libro la reflexión esperada: el debate en torno a conceptos y categorías desde las que se hace Historia, en este caso de lo urbano. Como señala, estamos predispuestos (por contaminación historiográfica) a pensar que *moderno* es transformación social, económica, política y cultural, y en el caso de la época contemporánea no se desvincula de *industrialización, avance, desarrollo y urbanismo*. Con suerte la realidad siempre se muestra más compleja.

En torno a estas ideas, el autor recoge el esfuerzo hecho ya por otros pensadores e historiadores por separar modernidad de industrialización y de capitalismo y de ser críticos con sus paradigmas e hitos históricos. Parafraseando sus palabras es necesario “redefinir la modernización para hacerla compatible con la experiencia histórica, entendiéndola no como un modelo, sino como un factor de cambio sistémico”. Dejar de hacer historia por compa-

ración o repetición y por encima de destinos universales. Gracias a ello, como se apuntaba al principio de estas páginas, podremos abandonar esas teorías de si España o Andalucía fueron modélicas en algo. Es más, plantearnos que cuando se superan estas tesis y acogemos otras sobre diferentes posibles funcionamientos dentro de Europa —siendo España entonces algo más consonante al tipo Mediterráneo—, tampoco se acierta. No porque no podamos trabajar en favor de nuestro entendimiento en la búsqueda de patrones comunes, sino porque tampoco todo se resuelve sustituyendo unos por otros. Julio Pérez lo plantea muy bien.

Con dichas bases expone a continuación su visión en torno a la urbanización, modernidad, y ciudades en España y Andalucía. Lo recalca es de nuevo que reivindica con detalle el contexto y elementos que pudieron hacer que estas dos zonas fueran consideradas anormales dentro de los relatos históricos. Guerras, situaciones económicas desfavorables, o un incompleto proceso de nacionalización y construcción del Estado están entre ellos. Es decir, atiende a lo complejo y multidimensional en el análisis, mirando dentro de qué posibilidades hubo vectores de cambio en la época.

También desmitifica la ciudad como centro todopoderoso. Es el lugar físico en el que confluyen elementos de la modernidad pero no pueden promover cambios estructurales por sí solas.

Por ir concluyendo y como resumen a todas estas páginas, los cuatro autores y otros investigadores citados contribuyen con sus granitos de arena a esa plantilla de historiadores comprometidos con la justicia interpretativa inaugurada hace más de dos décadas. Cuando fue necesario salir de paradigmas tradicionales dentro de la Historia de Occidente con publicaciones como *El Pozo de todos los males*² para el ámbito nacional, o *La historia de Andalucía a debate*³ como otra muestra de ese contraste interpretativo. O más recientemente la colección de *Cuadernos de Andalucía en la Historia Contemporánea*⁴ editada por el Centro de Estudios Andaluces del que forma parte el libro analizado.

Gracias a todos ellos cada vez se trabaja más en perspectivas inclusivas, en las que la interdependencia campo-ciudad en esta región tiene más colores que blanco o negro. También, como en el resto de España se reconocen especificidades más que limitaciones y esto permite mirar mejores respuestas adaptativas a contextos históricos concretos.

2 J. Pujol, M. González de Molina, L. Fernández Prieto, D. Gallego y R. Garrabou (2001).

3 M. González de Molina (ed.) (2000).

4 Pueden consultarse los números que conforman la colección en la página web <https://www.centrodeestudiosandaluces.es>

En la línea de lo que este libro aporta, no sería aventurado decir que Andalucía estuvo en consonancia con un fenómeno urbanizador de escala mayor con más impulsos provenientes del mundo rural que otras zonas. Esto tiene peculiares lecturas socio-profesionales y socio-espaciales no derivando siempre en aspectos negativos. Hubo intercambios entre campo y ciudad. Entre ambos se dio además una dinamización socio-política base de potentes movimientos sociales sin precedentes en el territorio peninsular. Incluso, como ha pasado con análisis de aspectos económicos actuales, podríamos plantearnos hasta qué punto no haber llegado a esas megalópolis modernas puede ser positivo en el futuro, de cara a la sostenibilidad medioambiental, la perdurabilidad en el tiempo, o las políticas por una mayor equidad social y menos desigualdades entre la población que las habita.

En definitiva, la salida de este libro viene a recordarnos la importancia de seguir creando espacios de reflexión que den a conocer los proyectos que se siguen haciendo, que expongan a debate sus planteamientos y que abunden en esa necesidad de superación interpretativa que nos beneficia a todos como profesionales. Desde mi punto de vista David Martínez ha ido más allá de recoger trabajos con interrogantes historiográficos comunes. Desde la responsabilidad del historiador activista social y agitador de la reflexión crítica nos brinda la oportunidad de entender mejor que las peculiaridades también son historiables, y es útil renunciar a la “exhaustividad” de las grandes visiones.

Aunque Andalucía sea objeto de análisis se han conseguido abrazar salidas que explican comportamientos humanos insertos en la historicidad: la modernización social y económica, la renovación de la demografía histórica, la revisión sobre la historia obrera tradicional, los fenómenos de urbanización, etc. Temas que vienen exigiendo, y así se presenta, una revisión concienzuda y plural de fuentes y conceptos, capaz de resituar la identidad andaluza y la Historia de España por el camino de la buena práctica histórica.

Inmaculada VILLA GIL-BERMEJO
Universidad Pablo de Olavide